

LA PUERTA DEL DESTIERRO



L día siguiente por la mañana, que es el último del plazo, parten más rápidamente que nunca. Galopan, galopan. Pasan los llanos y los montes debajo de las oriflamas al viento, con una velocidad cinematográfica.

Por la tarde acampan a descansar en la Sierra de Miedes. Han llegado a la frontera. El Cid, sin bajarse de su caballo, recorre lentamente su campamento. Se rasca las barbas. Mira allí frente a ellos las tierras de Atienza, que pertenecen a los moros.

Las aspas de unos molinos giran al viento. Siente el Cid unas ganas locas de espolear su caballo, arremeter contra los molinos lanza en ristre y dejarlos clavados en el cielo, mariposas de la tarde. Pero se domina y le oigo decir:

—Dejemos esos gestos para otros.

¡Ah Cid, todo lo de tu raza está en ti! En vano te dominas. ¡Tú sabes que otros vendrán que no podrán dominarse, y el gesto que tú no quieres hacer se hará en el tiempo, no quedará en ese limbo en donde se amontonan los actos que no se ejecutan!

V. HUIDOBRO

¿Por qué sonríes? ¡Oh Cid, padre del poema, al pensar en Cervantes tu corazón bate campanas!

Antes de entrar en las tierras de Atienza, el Cid Campeador revista sus tropas: lleva trescientas lanzas y doscientos hombres de a pie.

Los de a pie montan a grupas en las grandes galopadas, cuando hay prisa. Cuando no la hay, siguen como pueden a buena marcha y largo trote.

El Cid sonrío contento:

—Dad cebada a las bestias, coma lo que pueda cada cual. A la noche pasaremos esa sierra bravía y las tierras del rey quedarán atrás. ¿Veis? Aquella es la frontera.

—Allí se abre la puerta del destierro.

—¡Viva el Cid Campeador!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Vivaaaaaaaaaaaaa aa a aaaa a a a a!

Mientras el eco se llena de aes, yo me lleno de emoción.

Lector, ¿qué ves ahora?

Es la noche y van pasando la sierra. La luna de los grandes augurios no les abandona un momento; su beso los unge en la frente. Allá arriba en la cumbre cruzan la puerta del destierro.

Detrás de la puerta los espera el Poema con los brazos abiertos. El Cantar se cuelga al cuello del Cid y le besa a boca llena.

El Romancero le regala una magnífica espada: Tizona.